

Universidad Regiomontana

Señor doctor Agustín Basave, Rector de la Universidad Regiomontana;

Autoridades académicas de esta Casa de Estudios;

distinguidos invitados de honor;

señoras y señores;

jóvenes universitarios:

En repetidas ocasiones, como miembro de una comunidad académica, he tenido oportunidad de estar presente en ceremonias como ésta, y siempre me ha sido particularmente grato sentirme unido a la satisfacción y a la alegría que comparten con los jóvenes graduandos los padres de éstos y las autoridades universitarias. Estoy seguro de que muy pocas satisfacciones y alegrías pueden ser más profundas y más legítimas.

Para la Universidad, esta Ceremonia significa, en efecto, ver cumplido una vez más su compromiso social de aportar al desarrollo integral de nuestro país sus recursos más valiosos: jóvenes que, por el mérito de su formación humana y profesional, están llamados a enfrentar la responsabilidad de orientar y de activar este desarrollo.

Para los padres, significa ver consolidado en la terminación de los estudios profesionales de sus hijos el mejor patrimonio: una educación en la que se cifran, más que una sucesión de éxitos materiales y sociales, su afirmación y plenitud en la vida.

Para los jóvenes graduandos, estar aquí representa la conquista de una meta firmemente propuesta, largamente ambicionada; meta cuya importancia y trascendencia es justamente medida por la aplicación y disciplina, los esfuerzos y sacrificios, la constancia y la perseverancia que pusieron en alcanzarla.

Agradezco, pues la invitación a disfrutar este momento con todos vosotros, y uno a mi gratitud mi felicitación más sincera.

Quienes hoy se gradúan saben, sin embargo, que esta Ceremonia significa también para ellos el comienzo de otro recorrido, cuya trayectoria y destino final constituyen desde ahora su más grave preocupación, su más serio compromiso; y saben igualmente que de su acierto en determinarlos depende su autorrealización como personas, como profesionistas y como ciudadanos.

Por ello, en esta coyuntura, jóvenes amigos, ninguna virtud os será más importante que la seguridad en vosotros mismos, seguridad no gratuita, sino fundada en la educación y preparación adquirida a través de vuestra vida universitaria.

En vuestra educación universitaria entran, en efecto, los conocimientos, habilidades y destrezas dirigidos al ejercicio profesional, así como los hábitos y disposiciones que los hacen fecundos –la actitud crítica, el espíritu de estudio y de investigación, el rigor científico–; pero, su parte esencial son sin duda las profundas convicciones en que se expresa vuestra apertura a los valores más altos y universales –la Verdad, el Bien, la Belleza–, y que traducen al mismo tiempo vuestra concepción del mundo y de la vida; vuestra actitud vital; vuestra afirmación del valor de la persona, de la libertad y del amor; el sentido humano de la ciencia y de la técnica; vuestro espíritu de fraternidad; vuestra voluntad de justicia; vuestra vocación de servicio; vuestro ideal de superación, y vuestra conciencia comunitaria.

Todo ello comprende vuestra educación; todo ello constituye vuestro potencial, vuestra riqueza interior; todo ello fundamenta vuestra seguridad, vuestra confianza y optimismo.

Ciertamente no os será fácil este nuevo recorrido. Vida y profesión constituyen una secuencia de retos y desafíos. Vuestra formación, sin embargo, los hará estimulantes, los convertirá en fuentes de las satisfacciones más hondas. En cada uno de ellos encontraréis oportunidades de colaboración, motivos de servicio, instancias de superación. Vuestra respuesta a ellos será una prueba renovadora de vuestra capacidad, de vuestra fortaleza, de vuestra audacia, de vuestra generosidad.

Por otra parte, la lucidez con que asumáis vuestra historia universitaria os hará ver la importancia de vuestra acción –y su responsabilidad correlativa- para edificar el destino de México. Vuestra eficiente y honesta participación será clave de la aceleración del desarrollo de nuestro país. Es, pues, un imperativo que, ahora más que siempre, debe pesar sobre vuestra conciencia moral. Del equilibrio social de nuestra patria, de su cultura, de su solidez económica dependerá, no sólo una vida mejor y más digna para todos los mexicanos, sino el que México sea una parte activa en la organización del mundo del mañana, y no un pueblo regulado desde fuera, muerto a la libertad.

Finalmente, vuestra educación universitaria ha de garantizar vuestra liberación con respecto los impulsos irracionales, pasionales e instintivos. Os será el más firme baluarte contra los asaltos de la soberbia, de la ambición desmedida y de la acechadora tentación de hacer de la comodidad y del placer materiales el fin supremo de la existencia.

Amigos universitarios: es en momentos como el que vivís ahora cuando más agudamente se acusa la esencial bifrontalidad de cada una de nuestras instancias vitales. El hombre es un ser histórico, cuya vida se estructura en un permanente diálogo entre pasado y porvenir, entre vivencias y aspiraciones, entre experiencias y proyectos. Abiertos al futuro, toca a nuestra memoria fundar nuestra identidad, iluminar nuestras potencialidades e ilustrar nuestras decisiones. Pero, es el hombre que logremos ser el que ha de justificar y dar su cabal sentido a nuestro paso por la tierra.

En la Roma clásica, había, cerca del Foro, un doble arco bajo el cual se congregaban las legiones cuando iban a iniciar una empresa importante. Partir de él, significaba tener la seguridad de estar en el camino correcto. Este arco pertenecía al templo de Jano, dios de los comienzos, cuya cabeza bifronte recordaba su don excepcional de unir en una sola visión el pasado y el futuro.

En el umbral de vuestro nuevo recorrido, yo quiero terminar mis palabras deseando para cada uno de vosotros el don de Jano: esa lucidez que, al daros simultáneamente la visión de vuestra formación universitaria y del futuro al que apuntan vuestros ideales y vuestra aspiraciones, engendre en vuestro espíritu la certidumbre de que estáis en el camino de vuestra realización humana y profesional más plena.

Os abrazo con mi mayor afecto.

Muchas gracias.

Alfonso Rubio y Rubio

Monterrey, N. L., a 26 de septiembre de 1981.